

II
ARREBATOS
CARNALES



FRANCISCO
MARTÍN
MORENO

Francisco Martín Moreno regresa con grandes hombres y mujeres de la historia y sus amores. Para abrir apetito comienza con la Güera Rodríguez, mujer hermosa y estratega audaz, en amoríos con Iturbide; también nos lleva de la mano por la alcoba de Diego Rivera y sus múltiples amantes, mientras vemos de perfil a una Frida Kahlo rompiendo moldes; otra mirada dura de las pasiones es la de Isabel Motecuhzoma, hija del gran Motecuhzoma Xocoyotzin, para seguir con la entereza de doña Josefa Ortiz de Domínguez y cerrar, como una gran cereza, con los arrebatos de don Lázaro Cárdenas.

Un breve aperitivo antes de los arrebatos

Cuando en *Arrebatos carnales I* describí cómo logré ingresar en la celda de Sor Juana, en las alcobas de Porfirio Díaz, de Vasconcelos, de Villa, de Morelos y hasta en la habitación imperial de Maximiliano, porque Carlota nunca lo acompañó en el lecho durante su breve estancia en el Castillo de Chapultepec, no imaginé que algunos lectores me llamarían irreverente, entre otros calificativos, por haberme atrevido a bajar de sus respectivos pedestales a los grandes protagonistas de la historia de México y por exhibirlos como figuras de carne y hueso, con sus fortalezas y debilidades. No me he arrepentido de haberlo hecho ya que con ello logré acercarlos más a nosotros para tratar de entender mejor su entorno y su circunstancia, y justificar, aún más, la admiración o el desprecio que podamos sentir por ellos.

Una prueba para demostrar que no me dejé impresionar por los comentarios adversos ni me importó que me llamaran hereje, blasfemo, descarado, atrevido, deslenguado, desvergonzado, insolente, cínico, procaz, sinvergüenza, impertinente y desconsiderado, entre otras gracias más, es la aparición de los *Arrebatos carnales II*. En este volumen aparece la famosa Güera Rodríguez, sin duda alguna una de las mujeres más hermosas que han pisado el suelo patrio. ¡Ay!, la Güera, ¡cómo me sorprendió conocerla en la intimidad y descubrir sus intrigas y técnicas femeninas para hacer enloquecer a los hombres que la rodearon!; la vi, en su máxima expresión, jugando con el

emperador Iturbide en el Bosque de Chapultepec. Posteriormente, saltando en el tiempo, incursioné en el estudio de Diego Rivera, observando en silencio, perdido entre sus caballetes y óleos, cómo pintaba a sus modelos, a las que de pronto hacía descender de una breve plataforma para adorarlas de rodillas, como lo hizo con Lupe Marín, ¡Ay!, Lupe, Lupita, mi Lupe, lo que pude ver, además de Frida, su Frida, entre la catarata de mujeres que pasaron por su vida.

Uno de los relatos más estremecedores de toda mi existencia lo escuché de Isabel Motecuhzoma, Tecuichpo, *Flor de Algodón*, la hija de Motecuhzoma Xocoyotzin. Ella me mostró la visión de los ilustres vencidos, mientras contemplábamos el Árbol de la Noche Triste y alegaba enfurecida: «¿Cuál noche triste, Francisco, si fue la noche en que destrozamos a los españoles?» ¡Qué mujer! ¡Qué belleza! ¡Cuánto llegó a despreciar a su padre...! La angustiaba que sólo se supiera la versión de los conquistadores y que nunca nadie conociera los hechos tal y como sucedieron. Yo me convertí en su escribano y recogí, una a una, sus palabras.

Ahí queda la Corregidora, doña Josefa Ortiz de Domínguez, a quien se recuerda de perfil, con un chongo horrible y una gran papada, cuando en realidad, según pude constatar al sólo verla, era una mujer guapa, distinguida, educada y de facciones exquisitas. Se trataba, sin duda, de una líder ejemplar, volcánica, incendiaria y llena de vida y de pasión amorosa, al extremo de haber procreado catorce hijos, uno de ellos de un personaje inolvidable.

Para terminar, Lázaro Cárdenas, *Tata Lázaro*, una figura intocable, el máximo líder de la izquierda mexicana, el político del siglo XX, de quien únicamente se escribieron apologías, no biografías serenas, centradas, objetivas y descriptivas; el gran protector de los desvalidos, el artífice del rescate de los marginados, el líder y guía de quienes creían en el capitalismo de Estado, el repartidor de la ri-

queza y la justicia social, el generador de fuentes de trabajo, el juez insuperable, el estadista virtuoso llamado a ser el sagrado ejecutor de los postulados de la Revolución, uno de los padres de la patria y fundador del México nuevo, hasta que llegó a mis manos el libro *Lázaro Cárdenas, el utopista suicida*, que me sentó frente al general presidente para poder acercarme como nunca nadie lo había hecho, sólo para conocer una realidad ignorada.

Si soy hereje, blasfemo, descarado, atrevido, deslenguado, desvergonzado, insolente, cínico, procaz, sinvergüenza, impertinente y desconsiderado, si realmente lo soy, que sea el lector y no yo, quien, como siempre, tenga la última palabra.

FMM

Lomas de Chapultepec, octubre de 2010

La Güera Rodríguez

LA EMPERATRIZ JAMÁS ENTRONIZADA

*No puede darse a los mexicanos mayor castigo que el de
que se gobiernen por sí solos.*

BATALLER

*Impío: ser diabólico que atenta en contra del gigantesco
patrimonio clerical.*

MARTINILLO

*La independencia se justificó y se hizo necesaria para
salvar a la religión católica.*

AGUSTÍN DE ITURBIDE

*A Alfonso Pasquel por su contagioso pleito a muerte
emprendido en contra de la mediocridad*

Nací con poder político, con poder económico, con poder social y cultural, pero sobre todo, con poder femenino. Todo junto: rica, muy rica, invencible, incontrolable, apetitosa y apetecible, seductora, culta y hermosa, singularmente hermosa. ¡Cuán generoso ha sido conmigo el Señor! Gracias al Cielo, sí, mil gracias al Cielo. Me sentí dueña de mil galaxias. Reina, señora, muy señora, titular de vidas, haciendas y países. ¿Quién se iba atrever a desafiarme si una misiva mía dirigida a los virreyes Antonio María de Bucareli, José de Iturrigaray, Pedro Garibay, Francisco Xavier Venegas, Félix María Calleja o hasta a Juan Ruiz de Apodaca o al que fuera, sí, al que fuera, bastaba para que se cumplieran todos y cada uno de mis caprichos? ¿Y la alta jerarquía católica? Pues escúchenme bien, queridas mías: toda ella comía en mi mano, desde Matías Monteagudo, *el Padre de la Independencia*, ex inquisidor y canónigo, hasta el obispo Antonio Joaquín Pérez, de Puebla, o Juan Cruz Ruiz de Cabañas, de Guadalajara, o Miguel Bataller, el temido y aborrecible oidor. ¿Saben lo que es todos? Pues sí, todos, absolutamente todos, obviamente el gobierno, incluido en cualquiera de sus niveles. ¿El emperador también? ¿Qué decir del emperador, a quien le dedicaré la mayor parte de estas reflexiones arrebatadas, arrebatadísimas...?

¡Cuántas veces dejé caer mi pañuelo perfumado con aparente indiferencia, sólo para constatar la cantidad de

hombres que iban a intentar atraparlo entre sus juguetones vaivenes antes de que se posara delicadamente sobre el piso! No fueron pocas las ocasiones en que dirimieron sus diferencias en un duelo a muerte en Chapultepec, al amanecer, únicamente para gozar del señalado privilegio de devolvérmelo en mi propia mano con la camisa de holanes todavía ensangrentada, a cambio, si era el caso, de una sonrisa esquivada. ¡Me encantan los antojos por irracionales! ¿Qué más dan las razones, eh? Lo que importa es salirme con la mía pasando por encima de quien tenga que pasar, gobernando, dirigiendo, controlando, cometiendo arbitrariedades, ¿qué más da?, buscando en todo momento el deleite de la extravagancia, el delirio, las fantasías sin contención, sobre todo cuando se trata de un arranque, de una veleidad, de un desvarío digno de vivirse en la más exquisita indolencia. Siempre me bastó un simple movimiento de mi dedo índice o un guiño, una mueca, una sonrisa, un gesto severo, un desplante lacónico para dominar, siempre dominar. Pocas veces tuve que susurrar al oído de alguna autoridad o recurrir a las palabras para convencer. Por lo general era suficiente ajustar un poco, tan sólo un poco, mi escote, exhibir alguna de mis prendas derramadas para persuadir, demostrar, inducir, seducir, fascinar, captar, atraer y finalmente imponer. O díganme, ¿para qué sirven los escotes o los toques de alguna esencia en el cuello? Las mujeres disponemos de un arsenal de diversas armas que debemos aprovechar, con talentoso oportunismo, antes de convertirnos en un conjunto de pellejos lastimosos que no se percibirán en la medida en que hayamos tenido el talento y la habilidad de acaparar dinero y poder, mucho dinero y mucho poder, para paliar los horrores de la senectud y así jamás caer en el olvido.

¿Qué varón no se doblega ante mi belleza? ¿No es eso poder? ¿No se entiende por poder el hecho de someter a los terceros a nuestros deseos para que marchen por don-

de una ha decidido? Pues entonces yo no sólo gobierno mi vida, sino la de los demás, yo mando, impongo, domino, dirijo, controlo, yo decido. ¿Y cómo no hacerlo, cómo no continuar con esta espléndida comedia humana, si además de mis atributos femeninos, el Señor me obsequió inteligencia, simpatía y conocimiento para convertir todos estos dones en influencia doquier que me presento? Miren, miren lo que se dice de mí, miren cómo me describen, comprueben mis poderes:

Desde su infancia fue de la más peregrina hermosura, llamando tanto la atención por la profusión de sus cabellos, que pronto fue conocida en toda la capital del virreinato por *la Güera Rodríguez*.

Poseía doña María Ignacia Rodríguez de Velasco empaque, apostura; una gallardía de rosa de Castilla en alto tallo. El ademán fácil, con un sesgo de malicia, iba de acuerdo con el dicho gustoso y gracioso... ojos azules... Era armoniosa de cuerpo, redonduela de formas, con carnes apretadas de suaves curvas, llenas de ritmo y de gracia... Alta no era... Era telenda, es decir, viva, airosa, gallarda. Llevaba todo el rostro siempre lleno de sonrisas.

El color de sus cabellos, de un oro fluido. Hablaba con lengua pintoresca, con mucho chiste torcía el sentido de las voces. La vida le fue siempre dulce y sabrosa. Anduvo a lo holgado y vivió a sus anchuras. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, y el más interesante conjunto de gracias, competían con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz

previsión, agudeza de talento, rara penetración y práctica de mundo¹¹.

¿Entonces? ¿Quién no se arrodillaba ante mí para besar-me las manos y verme para arriba?, pensé revolviéndome risueña, totalmente desnuda, extraviada en las sábanas blancas de satén de seda, deseando el regreso de Agustín de Iturbide de la habitación anexa donde, de acuerdo a su costumbre, se daba un largo baño de tina, momento que aprovechaba, según él, para meditar y ordenar su cabeza. Yo, por mi parte, levantaba las telas acariciadoras sólo para contemplar una vez más mi cuerpo, la redondez voluminosa de mis senos, la estrechez de mi talle, mi vientre plano, mi piel suave e insinuante, dueña de un lenguaje sutil para atraer a los hombres y someterlos, mi pubis, apenas poblado, todo ello enmarcado por mi cabellera dorada que utilizaba para enviar mensajes cuando jugaba, en apariencia distraída, con mis rizos. Hay personas que no se aceptan, se critican, se destruyen, se encuentran permanentemente enfrentadas, peleadas a muerte con la realidad proyectada por el espejo o consigo mismas al no estar conformes con su físico. ¿Yo...?, ¡qué va!, yo me adoro, me encanto, me fascino a mis cuarenta y dos años, una edad en la que las mujeres apenas empezamos a entrar en el esplendor de nuestra existencia. ¿Quién dijo que éramos unas ancianas? Miren mis manos, mi cuello, mi cuero envalentonado y estirado, tardará mucho tiempo antes de ajarse o marchitarse; observen mi mirada llena de picardía, la mejor evidencia para demostrar cuánta mujer habita todavía en mi interior. Agustín, mi amante, con sus treinta y siete años auestas, un jinete musculoso y potente, me llena de entusiasmo y de vigor, en realidad de euforia, el sentimiento preciso para combatir la vejez antes de caer en la espantosa e irremediable resignación...

Dejé caer las sábanas ingravidas sobre mi torso y giré hacia el lado derecho, el que daba hacia una ventana desde la que se podía contemplar la calle de Plateros. Ajusté la cabeza sobre la almohada, recogí escasamente las piernas, coloqué juntas las palmas de mis manos como si me preparara a elevar una sentida plegaria, cerré los ojos sin percatarme de que los crispaba y me dispuse a soñar en el momento en que el obispo Cabañas, de Guadalajara, colocaría la corona de emperador sobre la cabeza de mi marido, le entregaría un bastón de mando y le cubriría la espalda con una capa de armiño, en tanto que a mí me impondría una banda tricolor, una diadema de brillantes, rubíes y esmeraldas, los propios de una emperatriz mexicana, ungida en el corazón de la catedral del México independizado, con todos los honores relativos a mi elevada investidura. ¡Nunca me merecí menos!

Con la cabeza escondida bajo la almohada, recordé mi primera incursión en el mundo del amor. ¿Por qué no hacerlo, si era cuando, precisamente, podía disfrutar ese momento de feliz soledad antes del regreso de mi amante a nuestro lecho? Si el futuro se me presentaba optimista y obsequioso, bien valía la pena hacer un recuento de mi vida romántica pasada, que finalmente es lo que viene a justificar una existencia, si además se tiene el privilegio de ejercer el poder político y el poder económico. ¡Ay, qué días aquellos cuando siendo aún muy niña, una auténtica jovencita de dieciséis años, solía salir de la casa de mis padres en las tardes en compañía de mi hermana mayor, mi querida María Josefa, con quien pasaba día tras día frente al cuartel de granaderos, un regimiento que se distinguía por tener como oficiales a los jóvenes más ricos y bien parecidos de la nobleza! Era evidente que los oficiales que se encontraban en momentos de recreo a las puertas de la institución, no dejaban de contemplarnos desde que nos acercábamos hasta que paseábamos enfrente de ellos, sin que jamás se abstuvieran de sepultarnos en piropos que

en ocasiones no sólo nos hacían sonreír, sino también sonrojarnos. No tardamos ni mi hermana ni yo en entablar relaciones con un par de mozos, ciertamente los más agradecidos.

Jamás olvidaremos cuando el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, nos sorprendió en plena faena y les comunicó a nuestros padres las andanzas con los militares. De inmediato, el propio virrey insistió en que deberíamos contraer nupcias con esos galanes a quienes apenas conocíamos. No hubo quien no hiciera hincapié en la importancia y obligatoriedad del enlace y así, sólo así, sin saber qué hacía, contraí nupcias por primera ocasión con José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil, en México, en septiembre de 1794; mi hermana, en tanto, se casó con el hijo del marqués de Uluapa, el 10 de junio de 1796. Nos casamos sin habernos tocado. Nos casamos sin habernos abrazado ni besado ni acariciado ni habernos prácticamente conocido. ¡Nunca hablamos a solas con nuestras parejas por un espacio mayor a media hora! Nuestro enlace se llevó a cabo por los convencionalismos sociales, la presión familiar, la de los sacerdotes y de los políticos que insistían en que habíamos cometido una serie de actos pecaminosos, que solamente podría perdonar el Señor siempre y cuando uniéramos nuestras vidas ante su santísima fe y potestad.

¿Qué podía saber mi marido de mujeres? Nada, absolutamente nada, su información se reducía a los comentarios que había escuchado de sus compañeros milicianos. Me di cuenta en la noche de bodas de que, al igual que yo, ignoraba cómo conducirse. Desconocía los jugueteos previos, las caricias audaces y traviesas, la importancia del alcohol para soltar el cuerpo, para relajarnos o, si acaso, la proeza de bañarnos juntos en la oscuridad, con nuestros cuerpos cubiertos por la espuma del jabón. Nada, no había imaginación, por el contrario existía una gran timidez, algo así como si estuviera cometiendo un sacrilegio o un

pecado mortal que jamás le sería perdonado. Ni siquiera se atrevió a desvestirme ni a desabrochar mis botones, ni a quitarme lentamente el vestido, dándome besos en el cuello hasta privarme de la última de mis prendas y dejarme completamente expuesta para su contemplación y disfrute. Él se metió aterrizado en la cama prácticamente con botas y uniforme militar sin saber qué hacer ni cómo comenzar una relación amorosa, ni cómo sugerir, ni cómo inducir, ni cómo provocar, ni cómo promover, ni cómo encaminar, ni cómo facilitar el tránsito hacia el amor. Yo, por mi parte, repito que a mis dieciséis años y por haber sido educada en la más rígida estructura religiosa, tampoco podía reaccionar de manera diferente a como creía que lo haría un hombre experto que se hubiese permitido visitar los fines de semana a las mujeres de la vida galante. Sus convicciones religiosas no se lo permitieron. Al igual que yo, tenía que llegar digno y puro al matrimonio. Y así llegó, digno y puro, además de aburrido, tímido, reducido, disminuido, apabullado, anulado, el fiel reflejo de sus manos heladas y de sus pies aún más fríos, que jamás logró calentar ni siquiera cuando intentamos un furtivo intercambio de besos. En fin, amigas, un pendejo, lo que se dice un pendejo, con toda la flema mexicana... El militar no respondía, el militar guardaba silencio, tal vez esperando que un cabo, un mayor o un capitán le diera la instrucción de atacarme y, sin embargo, no me atacaba, actitud que yo agradecía al mismo tiempo, víctima de un espantoso terror.

Amanecimos acostados, yo con mi traje de novia y él con su atuendo de militar, mirando el techo y sin siquiera tomarnos de la mano. ¿Así sería el amor? ¿Así serían las relaciones matrimoniales? Dejé al tiempo todas estas respuestas. Él, siempre sabio, en su momento despejaría mis dudas. Esta realidad no tardó en presentarse cuando ya con más sosiego y más confianza empezó a jugar conmigo, a bailar en las noches solos, a encaramelarnos,

abrazarnos y, por qué no, hasta besarnos. La primera vez que lo hicimos, los dos teníamos los labios tiesos, helados, carentes de cualquier voluptuosidad. Claro que no los aflojamos, ni intercambiamos saliva, ni me dio la lengua ni yo la mía. Era evidente que el camino por seguir sería largo, difícil y tortuoso antes de llegar a conocer la emoción de un orgasmo, todo un estallido colorido de vida.

En una ocasión que regresó un par de horas más tarde de lo acostumbrado, me sorprendió en la cocina comiendo unas quesadillas con salsa de jitomate molcajeteadas. De repente me tomó en sus brazos y me cargó como un experto galán y me llevó en vilo hasta la habitación, mientras yo me apuraba a masticar la tortilla. Me arrojó sobre la cama en lo que se desabotonaba la guerrera. Ahí, acostada, pensando en que el resto de mis quesadillas se enfriaba, se montó encima de mí sin levantarme el vestido ni bajarme las enaguas. Me besaba como un loco. Su pasión me ofendía, me dolía, no me agradaba, no la compartía. Había saltado de un extremo al otro como consecuencia de haber ingerido cinco o seis vasos de más de mezcal barato. No lo soportaba, sin embargo no era el momento de detenerlo. Tal vez esta era la mejor manera de romper el hielo y de culminar el intercambio carnal que habíamos diferido durante tanto tiempo. De golpe se levantó, se privó del uniforme como si se tratara de una prenda incendiada, la arrojó al piso con todo y botas, en tanto yo percibía su desnudez total gracias a la luz de las velas parpadeantes que me anunciaban el feliz momento en que finalmente me convertiría en mujer. Fue entonces cuando me hizo girar boca abajo en la cama y sin paciencia arrancó todos los lacitos y todos los botones de mi vestido hasta bajármelo sin permitir ayuda alguna. Lo mismo hizo con mi corpiño y con mis pantaletas. Cuando me tuvo completamente desnuda, sin caricias previas ni palabras tiernas al oído, ni arrumacos, ni insinuaciones, ni preparación alguna, intentó penetrarme sin contemplaciones. Por supuesto